

EL GRILLO¹

siglo XVII

PU SONGLING

(chino)



Durante el reinado de Xuan De, la lucha de grillos fue muy popular en la corte y un impuesto de grillos se exigía cada año. En la provincia de Shaanxi eran escasos estos insectos; sin embargo, el magistrado de Huayin —con el objeto de caerle bien al gobernador— presentó cierta vez un grillo de notable capacidad pugilística. En la medida en que a este distrito se le exigió presentar grillos, los magistrados ordenaron a sus alguaciles conseguirlos. Todo el mundo comenzó a criarlos y a pedir precios exorbitantes por ellos, mientras los astutos alguaciles aprovechaban tal situación para ganar dinero.

En este pueblo vivía un intelectual llamado Cheng Ming, que había fracasado muchas veces en el examen distrital. Este torpe pedante fue encargado de cobrar el impuesto de grillos y no pudo evadir este servicio. Pronto se exigió un nuevo impuesto de grillos y nadie pudo pagar, de modo que Cheng tuvo que hacerlo de su propio peculio.

«¡Qué situación!», exclamó su mujer. «Sería bueno que tú mismo busques grillos. Una posibilidad entre diez mil de que encuentres uno de valor.»

Con una vara de bambú y una jaula de alambre buscó desde el amanecer hasta la noche entre las ruinas, removiendo rocas y hurgando huecos, pero todo en vano. El magistrado le fijó un tiempo limitado con amenaza de castigos corporales si no cumplía.

En este preciso momento llegó al pueblo un adivino jorobado que leía la suerte consultando a los espíritus. La mujer de Cheng fue a pedirle consejo. Ante la puerta, una multitud de curiosos. Dentro, una cortina, una mesa y un incensario. Quienes consultaban su suerte quemaban incienso y se arrodillaban tres veces. El adivino, concentrado en sus pensamientos, movía los labios sin que nadie pudiera entender sus palabras. Por último, un pedazo de papel con la respuesta solicitada. Respuesta siempre correcta.

La mujer de Cheng puso una moneda sobre la mesa, quemó incienso y se arrodilló tres veces. La cortina se agitó un momento y un papel cayó

1 Tomado de Dañino (1996).

sobre el piso. En vez de escritura, tenía el dibujo de un edificio semejante a un templo con una colina detrás, cubierta de rocas y espinos, un grillo encogido y un sapo a punto de saltar. Intrigada, la mujer llevó de inmediato el papel a su marido.

—Se supone que me indica el sitio en el que puedo encontrar un grillo —exclamó Cheng.

Examinando con cuidado el dibujo, reconoció el Gran Monasterio de Buda, al este del pueblo. Con el papel y un bastón se dirigió al lugar señalado. Descubrió que en la parte trasera del templo las piedras eran muy semejantes a las del dibujo. Aguzó el oído y avanzó con dificultad entre las zarzas. Era como buscar una aguja o un gramo de mostaza. Un paso más y un sapo saltó ante él, le hizo un guiño extraño y se ocultó entre las hierbas. Cheng lo buscó ágil y, de pronto, encontró un grillo escondido entre las raíces. Trató de agarrarlo pero el grillo se metió en la rendija de una roca. Cheng vertió agua y el insecto tuvo que salir. Lo tomó con decisión y cuidado. Cuello negro, cuerpo largo y larga cola, alas doradas, parecía un espécimen valioso. Feliz del hallazgo, lo llevó a casa en una jaula para deleite de su familia que lo contempló largo tiempo como al más precioso jade. Puesto en un frasco, lo alimentaron con carne de cangrejo y el núcleo amarillo de las castañas, lo cuidaron con cariño hasta que el magistrado lo reclamara.

Cheng tenía un hijo de nueve años. Ausente su padre, el niño abrió el frasco a escondidas por curiosidad. El grillo salió de un brinco y continuó saltando con tal rapidez que el niño no pudo cogerlo. Por último lo atrapó, pero al lograrlo no calculó su fuerza y lo aplastó. Un instante después el grillo murió. Aterrorizado, el muchacho buscó llorando a su madre.

—¡Muchacho perverso! —gritó ella.

El hijo sollozaba desesperado. Cheng regresó y, al enterarse de lo sucedido, empalideció. Furioso, buscó al niño sin encontrarlo, hasta que finalmente descubrió su cuerpo en el fondo del pozo. Su rabia se convirtió en desolación. Gritó desesperado y estuvo a punto de matarse. Marido y mujer se sentaron en silencio angustioso contemplando el cuerpo inanimado del muchacho. Al caer el sol, se dispusieron a prepararlo para el entierro pero descubrieron que aún respiraba. Esperanzados, dejaron el cuerpo sobre la cama y cerca de medianoche el niño volvió en sí. Cheng y su mujer suspiraron aliviados, pero el hijo permaneció paralizado y los párpados cerrados.

La vista del frasco vacío recordó a Cheng su desgracia, pero decidió no reprender al niño. No cerraron los ojos en toda la noche y a eso del amanecer, cuando casi los vencía el sueño, un grillo saltó desde el umbral de la entrada. Él pensó que dormía, pero no. Era en verdad un grillo. Dio un salto, pero el grillo escapó veloz. Puso sus palmas encima y en el momento de separarlas, el grillo escapó de nuevo y desapareció en un rincón. Cuando trató de encontrarlo, descubrió otro grillo sobre el muro. Pequeño, negro rojizo, no se comparaba con el anterior. No valía la pena capturarlo y Cheng

miró alrededor por el primero. De pronto el pequeño saltó desde el muro a su manga y él observó que parecía un lunar con manchitas en las alas, cabeza cuadrada y largas patas. Debe ser bueno, se dijo. Así que lo capturó.

Antes de entregarlo, decidió probar sus habilidades. Justo en esos días, un joven del pueblo tenía un grillo llamado Cangrejo Azul, vencedor de todas sus peleas y por el que pedía una suma exorbitante. Riose el muchacho al ver el grillo de Cheng, orgulloso de la apariencia del suyo. Retó a Cheng y este —alguna vez tendrá que luchar, pensó— aceptó. Ambos insectos fueron puestos en un recipiente y el pequeño se encogió como una ramita. El joven rio entusiasmado, aunque su grillo no se movía tampoco. Mientras su risa disminuía, nuestro grillo entró en furia. Chilló contra su oponente, atacándolo con violencia. En un instante lo echó para atrás con su fuerte cola y agarró a su enemigo por el cuello. El aterrorizado joven logró separar a los oponentes, mientras el pequeño chirriaba orgulloso como si proclamara a todos su victoria. Cheng estaba aún exultando de alegría, cuando un gallo saltó sobre el grillo y trató de matarlo a picotazos. Cheng lanzó un grito de horror, mas por suerte el gallo no acertó y el grillo se ocultó entre las patas del ave. Incapaz de intervenir, Cheng empalideció y luego vio que el gallo batía las alas y estiraba el cuello; su grillo sujetaba la cresta del gallo con sus dientes. Exultante y admirado, guardó al grillo en su jaula.

Más tarde Cheng ofreció el grillo al magistrado, quien lo reprendió por entregarle uno tan pequeño. Rehusando creer lo que Cheng contaba de sus hazañas, lo enfrentó a otros grillos y los venció a todos. Entonces, el magistrado premió a Cheng y presentó este grillo al gobernador, quien lo guardó en una jaula de oro y muy gozoso lo envió al emperador con un detallado informe de sus proezas.

En su palacio, el emperador puso a prueba al grillo con Frente Verde, Mariposa, Yolita, Manta Rezadora y otros campeones y a todos venció. Mucho más lo apreció cuando descubrió que podía bailar al compás de la música. De muy buen humor, premió al gobernador con finos corceles y adornos de seda. Y el gobernador, sin olvidar la procedencia del grillo, recomendó al magistrado por sus méritos. El magistrado, a su vez, liberó a Cheng de sus obligaciones y ordenó al examinador local que le tomara un nuevo examen.

Un año después, el hijo de Cheng recuperó por completo sus sentidos.

—Soñé que era un grillo, veloz, buen luchador, campeón en la corte imperial y que hasta sabía bailar. Ahora sé que estoy despierto —dijo.

El gobernador, por su parte, premió a Cheng tan generosamente que al cabo de varios años este se hizo millonario y dueño de hermosas tierras, casas imponentes y miles de cabezas de ganado vacuno y lanar. Cuando salía de su casa, su esplendoroso cortejo daba envidia a los mismos nobles.

El autor de estos cuentos fantásticos comenta:

Es muy posible que un emperador decida algo por distracción y luego lo olvide. Pero quien recibe una orden hace, por lo general, una regla de esa orden imperial. Añádase a esto la ambición y la crueldad de los funcionarios y se comprenderá por qué el pueblo está obligado a vender a sus hijos y mujeres. Esto demuestra que cada gesto del emperador concierne a la vida de todo el pueblo. Ningún descuido le está permitido. Cheng, empobrecido primero por la corrupción de los mandarines, debía más tarde enriquecerse gracias a un simple grillo, tanto que se pavoneaba sobre hermosos corceles y vestido de magnífica ropa. ¡Nunca pensó que se haría tan rico cuando era jefe de barrio y recibía bastonazos! El cielo quiso recompensar a un hombre honesto y, a la postre, tanto el gobernador como el subprefecto se beneficiaron. Es tan cierto lo que decían nuestros antepasados: cuando alguien se convierte en inmortal y vuela al cielo, ¡sus gallinas y perros logran también la inmortalidad!



EL GRILLO

A partir de la lectura del cuento de Pu Songling, responde:

1. ¿Qué hechos fantásticos has encontrado en la narración? ¿Crees que se asemejan a la realidad? ¿Las experiencias o situaciones que atraviesa el grillo de Cheng se parecen a algunas circunstancias de la vida? Comenta.

2. Tú puedes ser ese grillo pequeño, en un mundo de gigantes como el gallo, ¿qué habrías hecho y qué le habrías dicho a ese ser de dos patas?
